

Reseña de BARBOSA SUSANA, *Max Horkheimer o la utopía instrumental*, Buenos Aires, Ediciones de la FEPAI, 2003.

Se trata en fin de reconocer que la teoría horkheimeriana permanece viva aún porque fue pedagógica en la forma como nos disciplina en el diálogo con la tradición, en el modo como ella misma se instaló como nueva tradición para nosotros y en la manera que su programa de fusión de filosofía y ciencia se interpreta hoy como *utopía instrumental*, capaz de ser guía e iluminar la investigación filosófico-moral.

Con estas palabras Susana Barbosa concluye su extenso libro sobre Max Horkheimer. Max Horkheimer intelectual, filósofo, para algunos quizás erudito. Max Horkheimer director del Instituto de Investigación Social a partir de 1931. Tal vez también patrón y mandarín de ese Instituto –dirán otros- en tiempos violentos de dificultades y exilios.

O quizás simplemente Max Horkheimer, un pensador que se propone la compleja tarea de transformar la filosofía, convergiendo en este objetivo con otros intentos ejercidos o declamados de pensadores provenientes de tradiciones diversas: recordemos en los albores de la Modernidad a Francis Bacon y su *Instauratio Magna* o el *Discurso del Método* de René Descartes. Ya en nuestra contemporaneidad cabe citar la pretensión de transformación dialógica y trascendental de Karl Otto Apel en su *Transformation der Philosophie*, o en un terreno más próximo a la antropología, la *Transformación Intercultural de la Filosofía* anhelada por Raúl Fonet-Betancourt.

Ahora bien, ¿cuál es la especificidad de la transformación desplegada por Max Horkheimer? Transformación que, en todos los casos y para superar el terreno de la mera declamación requiere de la modificación de las categorías lingüísticas utilizadas, de los hábitos mentales que a ellas corresponden y de la formación profesional del filósofo, para que con todo esto emerjan por fin nuevas formas de ejercicio filosófico en el interior de las diferentes instituciones.

La transformación de Horkheimer se entiende indagando en los conceptos-eje que articulan su propuesta. “Teoría crítica” es sin duda el primero que nos interpela y que se opone a la “teoría tradicional”, entre otras cosas por los lazos que define entre teoría y praxis. Porque el trabajo intelectual de la crítica no es un ejercicio meramente teórico. Es un trabajo de transformación y emancipación. En el caso de Horkheimer la crítica se dirige, en un primer momento, al campo propio de la gnoseología o teoría del conocimiento y esto significa apuntar a la rama de la filosofía hegemónica en la tradición moderna. La explicación del conocimiento que manejamos debe ser examinada en la convicción que limita las posibilidades concretas de acción de los hombres.

Entender la riqueza contenida en la “teoría crítica” no es una tarea sencilla. Implica asumir el riesgo de iniciar un camino arduo, escarpado, de senderos que se bifurcan no para desvanecerse en sendas perdidas sino que para potenciarse en enlaces y entrecruzamientos. Porque esta es la forma en que la teoría crítica despliega la construcción de sus contenidos, y es también la forma del recorrido intelectual que nos permite aprehenderla. Asumiendo los riesgos, Susana Barbosa labra con la dedicación de un orfebre una metodología con sello propio, que articula lo heurístico con lo hermenéutico, lo estático con lo dinámico, lo reconstructivo con lo prospectivo y el desmenuzamiento o “desagregamiento” -como prefiere la autora- de motivos conceptuales con su articulación final en una propuesta integradora: la “utopía instrumental”. Recordando el párrafo con el que inicié esta reseña, creo posible reafirmar la absoluta vitalidad de la teoría

crítica, tanto es su potencial pedagógico, como analítico, integrador y emancipatorio al mismo tiempo. Precisamente, el libro de Susana Barbosa lo confirma. La autora, formada durante largos años en el diálogos creativo con Max Horkheimer, da cuenta del extremo rigor de una investigación minuciosa, con metodología que podríamos calificar de “implacable” en su compleja arquitectura, pero que sin embargo no resulta artificiosa en tanto rescata los trazos decisivos e identitarios de una teoría crítica que fortalece, rediseñándola en cada línea de la exposición propia. Exposición que se articula en tres niveles de análisis: uno reconstructivo-estático, otro histórico- dinámico y el tercerlo estratégico-prospectivo. A cada uno de estos tres niveles le corresponden segmentos de interpretaciones fragmentadas, que concluyen en cada caso en la consideración de la recepción de los temas tratados. Recepción crítica que establece las marcas que nos preparan para la emergencia final de la originalidad de la de recreación de Susana Barbosa, plasmada en el concepto de “utopía instrumental”.

Sin embargo, la vitalidad del pensamiento de Horkheimer va más allá de su potencia pedagógica que nos abre al vínculo entre tradiciones de pensamiento, y que nos forma en una rigurosa modalidad de ejercicio intelectual. El pensamiento de Horkheimer permanece vivo también en la contundente materialidad de los temas que nos propone, no sólo vigentes sino absolutamente convocantes en una urgencia sin precedentes. Señalemos, a modo de ejemplo, la necesidad de construcción de una teoría social no reduccionista, los desafíos que aún nos plantea el efectivo ejercicio de la interdisciplina, y la lucha con el formalismo vacío. Este se sostiene todavía en máscaras múltiples que alcanzan a la ciencia en su sobredimensión metodológica y también a la ética en la preocupante proliferación de declaraciones internacionales de derechos, estériles en su pretendida universalidad y engañosas en la neutralidad del desinterés que enarbolan, como bandera encubridora de negocios ajenos.

En 1931 Horkheimer iniciaba una nueva etapa en las investigaciones del Instituto. Un par de años antes, el Círculo de Viena se presentaba en sociedad a través de un manifiesto programático o Manifiesto para la Ciencia Universal, inaugurando una tradición que sostiene, hasta el momento, su influencia en el trabajo concreto de investigadores provenientes de disciplinas diversas. Trabajos de investigación que se construyen al amparo de una ciencia articulada en dicotomías cuasi-metafísicas: historia interna-historia externa, ser-deber ser, descriptivo-normativo, investigación básicas-investigación aplicada. En definitiva, y una vez más, teoría y praxis.

Por eso, una vez más y frente a las ficciones de una ciencia desnaturalizada, la contundencia del materialismo interdisciplinario que recupera la vida efectiva de las personas reales que nacen, viven y mueren en consonancia con sus afectos. La fidelidad a esta vida efectiva requiere de una ciencia que se haga cargo de las instancias normativas que la atraviesan y de los valores que se entrelazan en su práctica, creando las condiciones para que el despliegue de una axiología de la ciencia promueva nuevos modelos de gestión en la investigación tecnocientífica.

Por último, solo cabe decir que el pensamiento de Horkheimer está vivo porque late en el libro de Susana Barbosa, muy especialmente en su paradójica y provocadora propuesta de una “utopía instrumental”, que lejos de “instrumentalizar” o “mediatizar” a los sujetos, los convierte en sujetos de su propia historia, guiando la investigación científica hacia valores que arraiguen en terreno propio, en compromisos locales y en una moral sustantiva que revincule por fin ciencia y sociedad, en la esperanza de una sociedad justa o “sociedad racional”, según decía Horkheimer.